

MADELEINE THIEN

*El eco de las
ciudades vacías*

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

MADELEINE THIEN

El eco de las ciudades vacías

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Cuéntele a los dioses lo que me está pasando.

HAING S. NGOR,
Survival in the Killing Fields

18 de febrero, sábado

[fragmento]

El 29 de noviembre de 2005, mi amigo, el doctor Hiroji Matsui, salió del Brain Research Centre de Montreal a las 7.29 de la tarde. En la grabación del video de seguridad, su expresión no delata nada. Por un instante, la cámara lo capta al pasar: pelo encanecido, peinado con esmero. Gafas de montura plateada, cejas pobladas, una barbilla terca, la suavidad del rostro de un anciano. No se ha puesto el abrigo, pese a las gélidas temperaturas, y no lleva nada en las manos, ni siquiera el maletín con el que había llegado esa mañana. Sale por una puerta lateral al final de un tramo de escaleras metálicas. Luego Hiroji se perdió en la ciudad y se desvaneció. El oficial al que se le encargó el caso de Hiroji me dijo que, sin pruebas de ningún delito, la policía podía hacer muy poca cosa. En este mundo de vigilancia constante y alta seguridad, resulta llamativamente fácil desaparecer. Las personas son capaces de hacer cualquier cosa para abandonar su identidad, hasta dejar de utilizar tarjetas de crédito o bancarias, deshacerse de los documentos del seguro, de planes de pensiones o permisos de conducir. Quise explicarle al oficial lo que pensaba, que la desaparición de Hiroji era sólo temporal, pero no me salieron las palabras. Igual que en el pasado, no salieron a tiempo. Muchos de los desaparecidos, prosiguió el policía, ya no desean ser ellos

mismos, que se les asocie con la identidad que han abandonado. Se toman todas esas molestias con la esperanza de que nunca se les encuentre.

[fin]

Janie

Se acuestan temprano y se levantan todavía a oscuras. Ahora es invierno. Las noches son largas, pero fuera, allá donde las hojas han caído de las ramas, se filtra la luz reflejada de la nieve. Hay una gata que encuentra los charcos de luz del sol. Era pequeña cuando el niño era pequeño, pero luego creció y lo dejó atrás. Aun así, por la noche, ella salta y se acurruca en la cama de Kiri, como si fuera su dueña. Nacieron con sólo unas semanas de diferencia, pero ahora él tiene siete años y ella cuarenta y cuatro. Mi hijo es el principio, el medio y el final. Cuando era un bebé, yo iba detrás de él, a cuatro patas, y los dos gateábamos sobre los suelos de madera, mientras la gata serpenteaba entre nuestras piernas. *Hola, hola*, decía mi hijo. *Hola, amiga, ¿cómo estás?* Se movía ruidosamente: un elefante, un carro, un loco glorioso.

Ha caído el crepúsculo, estamos a mediados de febrero. Domingo.

La lluvia helada de esta noche ha dejado las ramas cristalinas. Nuestra casa está en la segunda planta, orientada hacia el oeste, se llega a ella por una escalera de caracol, cuya pintura blanca se desconcha y el óxido bruñe los bordes. Por la ventana veo a mi hijo. Kiri va a poner un disco, lo saca con cuidado de su funda de cartón, sosteniéndolo delicadamente entre las puntas de los dedos. Sé cuál es el que escoge siempre. Sé que observa cómo se levanta la aguja y el brazo mecánico se coloca en su sitio. Conozco el exterior, pero no el silencio, no la forma en que afloran sus pensamientos, siempre a empujones, siempre diversos, no sé cómo se des-

enmarañan unos de otros ni cómo van encajando inexorablemente.

Kiri está en segundo curso. Tiene el cabello moreno oscuro de su padre, unos ojos hermosos, sobrecogedores, del mismo color que los míos. Su nombre, en jémer, significa «montaña». Quiero subir corriendo las escaleras y girar mi llave en la cerradura, abrir de par en par la puerta de mi casa.

Cuando mi miedo supera mi anhelo –miedo a que Kiri se asome a la ventana y vea este coche conocido, miedo a que mi hijo me vea–, arranco el motor, me aparto de la acera y me alejo por la calle vacía. En mi cabeza, resonando en mis oídos, persiste la música, su cuerpo oscila como una campana siguiendo la melodía. Lo recuerdo, desplomado en el suelo, mirándome, asustado. Intento ocultar ese recuerdo, concentrarme en las luces borrosas, en el asfalto helado. Mi cama no está lejos, pero una parte de mí quiere seguir conduciendo, salir de la ciudad, marcharse por la autopista recta como una aguja. En vez de eso, doy vueltas y más vueltas por las calles residenciales. Un espacio se abre delante del apartamento de Hiroji, donde duermo estas últimas semanas, y aparco el coche contra el bordillo.

Mañana llegará pronto, me digo. Mañana veré a mi hijo.

El viento se abate sobre mí en picado, librándome a ráfagas del poco calor que conservo. Apenas puedo cerrar la puerta y subir las escaleras lo bastante rápido. Una vez dentro, me quito las botas, pero me dejo puesto el abrigo y la bufanda para combatir el frío. La gata de Hiroji, *Taka la Vieja*, brinca por delante de mí, por el largo pasillo. En el contestador automático, la luz de aviso de mensaje parpadea y pulso el botón cuadrado con tal fuerza que el contestador hipa dos veces antes de obedecer.

Es la voz de Navin.

«He visto el coche», dice mi marido. «¿Janie? ¿Estás ahí?» Espera. Al fondo, mi hijo está llamando. Sus voces parecen ecos. «No, Kiri. Date prisa, peque. De vuelta a la

cama.» Oigo pasos, una puerta que se cierra, y luego a Navin que vuelve. Dice que quiere llevarse a Kiri a Vancouver durante unas semanas, que el tiempo, y la distancia, tal vez nos ayudarían. «Nos alojaremos en casa de Lena», dice. Yo asiento, conviniendo en cada palabra –la casa de Lena ha estado vacía desde que murió el año pasado–, pero una pesadumbre paralizante me recorre.

Sigue un último mensaje. Oigo un clic en la línea, luego los pitidos de las teclas al pulsarlas, una, dos, tres veces. Entonces se corta.

La nevera está visiblemente vacía. Reviso sus entrañas brillantes, luego hago un rápido inventario: pan viejo en el congelador y en la alacena dos latas de tomates en cubitos, una lata de mejillones ahumados y, sorpresa, tres botellas de vino. Libero el pan y los mejillones, sirvo una copa de vino espumoso y me quedo junto al mármol hasta que la tostadora expulsa mi cena. Gourmet. Quito la tapa de la lata y como los bocados uno por uno. El vino va muy bien con el pan. Todo se acaba demasiado rápido, menos la botella de vino, que me acompaña al sofá, donde enciendo la radio. La música crece y baila por el apartamento.

Este vino burbujeante me está irritando. Me bebo la botella deprisa para deshacerme de ella. «Sólo los cuerpos», me dijo Hiroji una vez, «sufren.» Había estado en mi laboratorio, observando cómo yo extraía una neurona motora de una *Aplysia*, una pequeña liebre de mar. Cuerpos, mentes: para él eran lo mismo, no podían pensarse los unos sin los otros.

Las diez y media. Es demasiado temprano para acostarse, pero la oscuridad me hace sentir inquieta. Quiero llamar a Meng, mi más viejo amigo, hace más de dos semanas que no hablamos, pero en París es la hora de los lobos. Siento mis extremidades ligeras y me escurro, díscola, por las habitaciones. En el fondo del apartamento, en el pequeño despa-

cho de Hiroji, las ventanas están abiertas y las cortinas parecen moverse nerviosas, por voluntad propia. La mesa había explotado, tal vez sucedió la semana anterior, tal vez antes, pero ahora todos los papeles y los libros se han asentado en un estado natural más equilibrado. Aun así, la mesa parece peligrosa. Amontonadas por todas partes, como un glaciar que colonizase la superficie, están las hojas en las que he estado trabajando. *Taka la Vieja* ha pasado por aquí: el papel está arrugado y todavía desprende un poco de calor.

Desde que desapareció, hace de eso ya casi tres meses, no he tenido ningún contacto con Hiroji. Intento tomar nota de las cosas que me dijo: la gente que trataba, los científicos que conocía. Esa lista llena hoja tras hoja –un recuerdo cada vez, un lugar, una pista– para que cada lugar y cada pensamiento no vengan a la vez, todos juntos, como un ruido ensordecedor. Sobre la mesa de Hiroji hay una vieja fotografía en la que se le ve con su hermano mayor, un poco apartados, con un bosque esmeralda a sus espaldas. Hiroji, todavía niño, esboza una amplia sonrisa. No llevan zapatos y Junichiro, o James, está con una mano apoyada en la cadera, la barbilla levantada, desafiando a la cámara. Tiene un rostro cautivador, triste.

A veces este apartamento parece atestado de seres queridos, de desconocidos, de gente imaginada. No me acusan ni me piden cuentas, pero soy incapaz de desembarazarme de ellos. Al principio, me había temido lo peor, que Hiroji se hubiera quitado la vida. Pero me digo que, si hubiera sido un suicidio, habría dejado una nota, habría dejado algo tras de sí. Hiroji sabía bien lo que era mantener a los desaparecidos con vida, dentro de nosotros, sin fin. Se van haciendo tan inmensos, y nosotros nos quedamos tan huecos, que ni siquiera las más frías noches de invierno se los tragan. Me recuerdo flotando, una niña en el mar, sola en el golfo de Tailandia. Mi hermano no está, pero yo alzo la vista hacia el cielo blanco y estoy convencida, de algún modo, de que puedo hacerle volver si lo llamo. Sólo tengo que ser lo bastante

valiente, o sincera. Países, ciudades, familias. Nada tiene por qué desaparecer. En la mesa de Hiroji, trabajo rápido. La voz de mi hijo sigue alojada en mi cabeza, pero he perdido la capacidad para mantenerlo a salvo. Sé que da igual lo que diga o lo que haga, las cosas que he hecho no pueden perdonarse. Mis propias manos parecen burlarse de mí, me dicen que cuanto más lejos quiera escapar, mayor será la distancia que tendré que recorrer de vuelta. Nunca deberías haber dejado el embalse, deberías haberte quedado en las cavernas. Mira a tu alrededor, hemos acabado en el mismo sitio, ¿no? Los edificios de enfrente se oscurecen, pero las palabras siguen llegando, acumulándose como la nieve, como el polvo, una frágil capa que el viento se lleva con facilidad.

19 de febrero, domingo

[fragmento]

Elie tenía cincuenta y ocho años cuando empezó a perder el lenguaje. Le contó a Hiroji que el primer episodio se dio en la iglesia de St. Michael, en Montreal, cuando las palabras del padrenuestro, palabras que conocía casi desde que había aprendido a hablar, no se materializaron en sus labios. Durante unos breves momentos, mientras la congregación que la rodeaba rezaba, fue como si la noción íntegra del lenguaje menguara en su mente. En cambio, la túnica verde del sacerdote le parecía infinitamente compleja, los abrigos de invierno de los fieles cambiaban como en un *collage*, una obra puntillista, un Seurat: precisión, definición y una belleza desgarradora, abrumadora. El padrenuestro la conmovió con la misma intensidad física que lo habría hecho el viento, era por la sensación de sonido, pero sin significado. Se sintió alzada y sola, cerca de Dios y aun así expulsada de sí misma.

Y entonces pasó el mal momento. Ella volvió y también

las palabras. Una leve alucinación, pensó Elie. *Champán en el cerebro*.

Fue a casa e hizo lo de siempre. Cerró las puertas de cristal de su estudio, abrió los pestillos de las ventanas, las levantó muy arriba y se puso a pintar. Era invierno, así que llevaba puesto el abrigo por encima de dos camisas y unos pantalones de chándal de borreguillo, calcetines gruesos, zapatillas chinas en los pies y un sombrero de lana en la cabeza. Una década antes había sido ingeniera biomecánica, investigaba el control del movimiento muscular y daba clases en la Universidad de McGill, pero, a los cuarenta y seis años había abandonado esa vida. Ahora, la experiencia se desplegaba en tonos y matices diferentes, era más fluida, más transitoria, la cercaba como el mar agitado bajo una luz rota. Cuando cerraba los ojos veía cómo las puntas de cosas improbables se tocaban –un pájaro, una persona y un lápiz que caía por la mesa de un niño–, se entrelazaban y se convertían en la misma sustancia. Hasta sus seres queridos parecían diferentes, más contenidos y sólidos, como composiciones, iteraciones en su cabeza. La pintura lo era todo. Pintaba hasta que ya ni sentía los brazos, diez, doce horas seguidas, cada día, y ni siquiera entonces era bastante. Le dijo a su marido, Gregor, que era como si hubiera llegado al mediodía, la hora en que convergen todas las fuerzas. Gregor, un chef, se acostumbró a quedarse dormido a los sonos de Debussy, Ravel y Fauré, los acompañamientos preferidos de Elie. Su marido se acostumbró también al olor del óleo en su piel, a la forma en que gesticulaba con las manos en lugar de utilizar palabras, al modo en que miraba con una recién adquirida pasión y severidad.

–Veo –oyó que le decía ella un día–, mira lo que veo.

–Creía –le dijo Elie a Hiroji, cuando él hacía ya muchos años que la trataba– que todo mi pasado era fantasía. Sólo mi presente era real.

El champán en el cerebro empezó a reaparecer, tapando nombres de personas, letras de canciones, nombres de ca-

lles, títulos de libros. Ella a veces sentía como si hasta las palabras mismas se hubieran desvanecido, en sus pensamientos, en su charla y hasta en su escritura. Tenía un tapón en la garganta y un agujero negro en la mente. En sus cuadros, transformaba la música en imágenes, las frases musicales se plasmaban como palabras, las palabras se rompían en formas geométricas, y sus pinturas sujetaban todos los fragmentos brillantes rotos. Cuando trabajaba, no había fronteras entre ella y la realidad, la imagen podía decir todo cuanto ella no podía. Con el tiempo, ya no hablaba mucho. Pero podía sobrellevar la pérdida del lenguaje, si ése era el precio. Parecía, por entonces, un buen precio.

Estaba pintando cuando notó los temblores en el brazo derecho.

La primera vez que Hiroji la vio, le preguntó si hablar le suponía mucho esfuerzo. Esa última palabra le produjo a Elie la misma impresión que la túnica verde del sacerdote aquel día en la iglesia de St. Michael, una imagen que borra todas las demás ideas. Sí, no sabía él cuánto esfuerzo le costaba.

–Me estoy descomponiendo –le dijo a Hiroji, sorprendiéndose incluso a sí misma.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó él.

–No puedo... con las... –Juntó las manos, esforzándose por encontrar las palabras–. Es demasiado.

Hiroji la envió a hacerse pruebas diagnósticas. Esas imágenes por resonancia magnética, las IRM, son concluyentes. Lo primero que llama la atención del espectador es la línea blanca, la frágil silueta del cráneo, sorprendentemente fina. Y luego, dentro del cráneo, la materia gris plegada alrededor del núcleo de materia blanca. Lo que ha pasado es que su hemisferio izquierdo, el lado dominante (es diestra), se ha atrofiado, se está consumiendo del mismo modo que una flor dejada demasiado tiempo en el jarrón se va marchitando. Esta desintegración está ocurriendo por todo el hemisferio izquierdo de Elie. El lenguaje es tan sólo lo primero que

perderá. Puede llegar el día, y pronto, en que no sea capaz de mover el lado derecho de su cuerpo.

Las imágenes muestran algo más. Mientras un lado se ha empezado a atrofiar, el otro florece. El hemisferio derecho de Elie ha estado creando materia gris –neuronas– y todo ese tejido añadido se está reuniendo en la parte de atrás del cerebro, en los lugares donde se procesan las imágenes visuales.

–Es una especie de asimetría –le había dicho Hiroji–, una especie de desequilibrio en su mente, entre palabras e imágenes.

–Y entonces, ¿qué es todo esto que estoy haciendo? ¿De dónde procede? –Agitó las manos ante las paredes desnudas, como si quisiera atraer sus propios cuadros a la habitación, arrastrarlos tras de sí como un ejército.

–Viene del mundo interior –dijo Hiroji–, pero ¿no es de ahí de donde procede toda la pintura?

–Mi mundo interior enfermo –dijo–. Estoy en guerra. Estoy consumiéndome, ¿verdad? –Recogió los escáneres IRM de la mesa del médico–. ¿Usted pinta, doctor?

Él negó con la cabeza.

–¿No se lo ha planteado nunca?

–No.

–¿Por qué no?

Hiroji se lo pensó un momento.

–Mi madre pintaba. Era budista, y me decía que yo era demasiado analítico, que no comprendía el lado efímero de las cosas.

–Lo efímero –dijo ella vacilando–, ¿como el baile?

Él se rió.

–Sí, como bailar.

Hiroji sometió a Elie a lo que se conoce como control de imagen por resonancia magnética. Escáner tras escáner, año tras año, las películas mostraban que el desequilibrio se acentuaba. Tres años después del diagnóstico, también los cuadros de Elie empezaron a cambiar. Donde antes se había

deleitado en transformar la música en pinturas abstractas y matemáticas complejas, cargadas de colores intensos y de una visible representación del ritmo, ahora pintaba paisajes urbanos precisos, detallados, casi fotográficos.

–Veo de una manera distinta –le dijo al médico–. Es una visión menos sagrada que antes.

Él quiso que se extendiera, que explicara esa santidad, pero ella negó con la cabeza y sirvió el té, con una mano derecha temblorosa.

–Lo conceptual y lo abstracto –le dijo Hiroji–, ya no le son accesibles. Su mundo interior ha cambiado.

Hiroji y yo coescribimos un artículo sobre la enfermedad de Elie. Él me describió cómo, en casa de Elie, sus cuadros adornaban las paredes. Hiroji creía que a ella le gustaban porque sacaban el mundo interior al mundo en que vivimos, el mundo que abrazamos y tocamos, que vemos y olemos.

–Muy pronto –le había dicho ella, dándose golpecitos con los dedos contra el pecho–, ya no habrá interior.

Elie se ha quedado casi muda. Cuando telefoneaba a Hiroji, no hablaba. Pulsaba el teclado numérico dos o tres veces, en una especie de código Morse, antes de colgar. Su enfermedad es degenerativa, una rápida pérdida de neuronas y gliales en otras partes de su cerebro, que van dificultando el habla, el movimiento y, al final, hasta la respiración. Incapaz de pintar, Gregor y ella pasaban largos días a la orilla del río, donde, le contó una vez a Hiroji, las cosas se mueven, efímeras, y nada permanece igual.

Hace dos años, durante una conferencia en Montreal, Hiroji se refirió brevemente a la conciencia. Dijo que se imaginaba el cerebro como si fueran cien mil millones de bolas de *flippers*, donde el resonar del ruido, en toda su potencia y velocidad, contenía cada pensamiento e impulso, todos nuestros deseos explícitos o tácitos, egoístas, de supervivencia y contradictorios. El número de estados cerebrales posi-

bles supera el de partículas elementales del universo. Tal vez lo que existe por debajo (tejido, hueso y células) y lo que existe por encima (nosotros mismos, la memoria, el amor) pueden conciliarse y comprenderse como un todo, tal vez todo sea lo mismo, la mente es el cerebro, la mente es el alma, el alma es el cerebro, etc. Pero es como observar a una mano abriendo en canal a otra mano, despellejándola y estudiando el tejido y los huesos. Lo único que quiere es entenderse a sí misma. La mano podría adquirir conciencia de sí, pero, ¿no seguiría estando limitada?

Unos días después de la conferencia, Hiroji recibió una carta de un hombre al que hacía poco le acababan de diagnosticar Alzheimer. *He estado preguntándome, escribía el hombre, cómo medir lo que voy a perder. Cuánta circuitaría, cuántas células tienen que dañarse antes de que yo, antes de que la persona que conocen mis hijos, desaparezca. ¿Hay un yo escondido en las amígdalas o el hipocampo? ¿Hay una chispa eléctrica que permanezca constante durante toda mi vida? Me gustaría saber qué parte de la mente se conserva intacta, parapetada, si existe alguna parte de mí que perdure, que sea incorruptible, el centro absoluto de aquél que soy.*

[fin]

Antes, en mis noches insomnes, me acercaba de puntillas por el pasillo y me quedaba junto a la puerta abierta de la habitación de Kiri. Mi hijo, coleccionista y proveedor de mantas pequeñas, roncaba levemente. El sonido de su respiración me calmaba. Cuando me atrevía a entrar, escuchaba su sueño, las curiosas y balbuceantes exhalaciones que parecían completamente sobrenaturales. Kiri, eres un regalo del cielo, pensaba. Un misterio.

Taka la Vieja aparece en el alféizar de la ventana. La gata de Hiroji me observa con nerviosismo, crispada. Hace unas

horas debí de olvidarme de quitarme el abrigo, así que me lo desabrocho ahora, lo sacudo y lo dejo plegado con esmero sobre el respaldo de una silla. La gata se acerca furtivamente. Somos dos criaturas nocturnas, absortas en nuestros pensamientos, con la única diferencia de que ella está sobria. Se frota la cara contra las mangas vacías del abrigo, ronronea dentro de la capucha que cuelga.

Descorro las cortinas. Son casi las cuatro de la madrugada y la vista fuera es de un blanco de cuento de hadas, un paisaje afilado que parece increpar a la oscuridad: *¡Atrás, atrás, vuelve allá de donde viniste!* Los montones de nieve acumulada y los aleros congelados se confunden con los coches, perfilados apenas bajo centímetros de nieve. Sobre los cristales escarchados de la ventana, dibujo letras jemerres, palabras jemerres, pero la mía es la caligrafía insegura de un niño, demasiado grande, demasiado torpe. Tenía once años cuando salí de Camboya y no he vuelto. Hace años, de camino a Malasia con mi marido, la vislumbré desde el aire. Su belleza, intacta, implacable, abrió una herida en mí. Iba sentada junto a la ventanilla y el pequeño avión volaba bajo. Era la estación de las lluvias y Camboya estaba sumergida, era un lugar anegado, cuya tierra inundada parecía una meteta de luz. Desde arriba, no había coches ni ciclomotores que yo viera, sólo barcas navegando por las vías fluviales, seguidas por la cinta de su estela.

El silencio corroe cada rincón de la habitación, deslizándose sobre los muebles, sobre la gata. Ella recorre la habitación como un león de zoo. En la mesa, afilo los lápices con rabia y los ordeno en fila.

En el suelo está el expediente al que vuelvo una y otra vez. Cuando Hiroji desapareció, lo encontré sobre la mesa de la cocina y me lo llevé, sin mencionárselo a nadie, ni a la policía, ni siquiera a Navin. Yo lo había guardado en una vieja maleta, como si fuera un recuerdo, una reliquia que Hiroji me hubiera pedido que pusiera a salvo. El expediente contiene los mismos documentos y mapas, las mismas cartas

de James, que Hiroji me pidió que examinara el año pasado. Lo recuerdo desplegado el mapa, colocando el dedo sobre Phnom Penh, *aquí*, donde la tinta se ha corrido, la ciudad en la confluencia de los ríos. Aquel día, el mapa me había parecido demasiado endeble, demasiado abstracto, un dibujo de un país que tenía poco que ver con el país que yo había dejado. No podía ver lo que él estaba viendo.

James Matsui había desaparecido en 1975. Cuatro años antes, tras acabar su periodo de residencia en el St. Paul's Hospital de Vancouver, había entrado a trabajar en la Cruz Roja Internacional. Poco después había dejado Canadá y aterrizó en Saigón, en medio del caos de la guerra de Vietnam. Ese mismo año, las bombas de Nixon caían sobre Camboya, los espías irrumpían en el edificio Watergate, los científicos habían descubierto una forma de empalmar el ADN, pero yo era muy joven y no sabía nada de eso. Tenía ocho años, una niña en Phnom Penh, y los combates, en aquella época, se libraban con ferocidad en las regiones fronterizas. Recuerdo que miraba fijamente al cielo, paralizada por los aviones. Volaban por todas partes sobre nuestras cabezas –aviones comerciales, de combate, de transporte, helicópteros–, un enjambre que nunca desaparecía. Mi padre me habló de una mujer que se llamaba Vesna Vulovic. El avión en el que viajaba había explotado sobre Checoslovaquia y ella había caído desde más de diez mil metros de altura hasta el suelo. Había sobrevivido. A todas mis muñecas –tenía tres– les puse el nombre de Vesna. Para mí, era como una gota de lluvia o un pajarillo diminuto, alguien a quien los dioses habían pasado por alto.

Del expediente quité las cartas de James a Hiroji. Le bautizaron Junichiro Matsui al nacer, de niño le llamaban Ichiro, y eligió el nombre de James cuando era adolescente. Sus cartas a casa son breves, salpicadas de elipsis, pero sigo volviendo a ellas, convencida de que se me ha escapado algún detalle crucial. En 1972, la Cruz Roja lo había enviado por el río Mekong, lejos de Vietnam, hasta los campamentos de

refugiados de Phnom Penh. Camboya se encontraba en las últimas fases de una guerra civil, una brutal guerra de desgaste.

–Inmortales –nos dijo mi padre una vez, como admiración de la resistencia, los jemeres rojos.

–Los que no mueren –respondió mi madre– son siempre los más desdichados.

En enero de 1975, las cartas de James se interrumpieron. Tres meses después, los jemeres rojos ganaron la guerra y las fronteras se cerraron alrededor de todo mi país.

Vuelvo la cabeza, regreso allí y estoy oculta con mi hermano en el armario del vestíbulo, acucillados sobre los zapatos de mi madre.

–Ya verás –está diciendo mi padre. Oímos su voz, achispada y melodiosa, a través de la puerta de madera–. Al final resultará que los jemeres rojos son unos héroes.

Mis tíos, tíos abuelos y tíos lejanos gritan para que les oigan:

–¡Lon Nol –les oigo– traidor!

–¡Corre a esconderse en la cama!

–¡Despreciable!

–¡Cohetes chinos!

Las fiestas de mi padre son siempre bulliciosas, y cada vez más a medida que la guerra arrecia. El ejército norvietnamita contra los militares americanos, los jemeres rojos contra la República Jemer, el comunismo contra el imperialismo, todo el mundo toma partido, y algunos se hacen de todos los bandos. Mi padre dice que esta guerra es por el futuro, por una Camboya libre, que tenemos que liberar el país de lo peor de nosotros mismos. Dice que nuestros líderes han perdido su centro moral, que están obsesionados con el coñac y el soda, con las supersticiones de los aldeanos. Mis tíos se ríen a carcajadas y alguien araña la puerta. Supongo que será mi primo, Happy Nimol, que siempre se nos pega a mi hermano y a mí como hierba húmeda.

La puerta se abre de golpe y por un instante el resplandor

de la sala nos deslumbra. Mi padre se inclina, y coge en brazos a mi hermano. Veo las plantas pálidas de los pies de Sopham pateando en el aire. Mi padre baja la mirada, hacia donde yo me acurruco ovillada como una pelota.

—Ajá —dice—, mis pollitos, ¡escondiéndose del granjero!
—Nos lleva a los dos, riéndonos, gritando de miedo, hasta la reunión familiar.

Años más tarde, cuando recordé la historia de Vesna Vulovic, intenté encontrar la noticia sobre ella en la hemeroteca de la biblioteca pública de Vancouver. Al ir pasando los microfilms, una imagen, escalofriantemente familiar, detuvo mi mano: un rostro agotado hundiéndose entre almohadas blancas. Pagué por una copia impresa de la imagen. El avión de Vesna había sido derribado por dos misiles tierra-aire, disparados por militares checoslovacos porque el avión yugoslavo se había introducido, inocentemente, en espacio aéreo restringido. «No tengo suerte», declaró ella. «Todo el mundo me considera afortunada, pero se equivocan. Si fuera afortunada nunca habría sufrido este accidente.» Parecía un comentario desagradecido, pero no lo era. Yo la entendía. Recordaba que, al llegar a Canadá, se me hizo un nudo en el estómago, porque me avergonzaba de haber sobrevivido, aunque me aterrorizara desaparecer. La suerte nos había favorecido, pero se le había negado a muchos otros.

En casa, pegué con cinta adhesiva la fotografía de Vesna en la pared de mi habitación. Durante largos ratos me tumbaba sobre la alfombra y la miraba fijamente. A veces veía las sombras de los pies de Lena, pálidos bajo la puerta. Como mensajes, me decía a mí misma. Misivas. *Janie, corazón, ¿puedo entrar?* Tenía doce años cuando llegué a Vancouver, cuando Lena se convirtió en mi madre adoptiva. Nos sentábamos a ver juntas la televisión, los documentales de *The Nature of Things*, concursos, la película de la semana, cualquier cosa que sirviera para mejorar mi inglés. Pero la televisión, con sus imágenes mareantes y su cháchara caótica, me angustiaba. Prefería recurrir a las muchas estante-

rías de libros. Aunque me costaba leer y lo hacía muy despacio, me acabé casi todos sus libros. A ella le encantaban las biografías, admiraba a los matemáticos Kurt Gödel y Emma Noether y a los neurocientíficos Santiago Ramón y Cajal y Alexander Luria.

Para sorpresa de mi nueva madre, le robaba esos libros con la misma frecuencia con que robaba comida enlatada de las alacenas, y atesoraba todas las palabras para mí. Tenía la impresión de que esas personas andaban por las habitaciones de Lena, como si fueran de la familia y siguieran vivas.

Todos los fines de semana, Lena bajaba a su despacho. «Al sótano», decía, «a mi salón de baile.» Lena, profesora universitaria, escribía sobre historia de la ciencia. Su mundo estaba poblado de matemáticos, físicos, químicos y biólogos, de los institutos y los salones de otra era. Todd, mi padre adoptivo, vivía en Nepal, donde trabajaba para la Unicef, y venía a casa una vez al año, en Navidad. Algunos días, mi madre se pasaba horas examinando cuidadosamente pilas de papel, intentando encontrar una única referencia. «¡Inútil!», decía, y me daba la espalda para ocultar su tristeza. «Es como buscar un cacahuete por todo el espacio sideral.»

Desde que cumplí los dieciséis años, trabajé en el salón de baile, ayudando a Lena a ordenar sus documentos. Y no sólo papeles, habría dicho ella, sino también pensamientos. Su despacho era una ciudad con todas las de la ley: torres de notas de investigación, recortes, libros, transcripciones de entrevistas, grabaciones. Quería serle de alguna utilidad, compensarla de algún modo. Me gustaba la idea de que podía sustituirla y no perderme por las avenidas que ella había construido, el conocimiento que había acumulado.

Una noche, queriéndome dar una sorpresa, Lena limpió el polvo del proyector y me hizo sentar en el salón. El sofá estaba cubierto con terciopelo marrón, un tejido desconocido para mí, y siempre tenía la sensación de estarme sentando

sobre un animal. La película giró para cobrar vida. Levanté la mirada, hipnotizada por el mundo que se proyectaba sobre la pared blanca. Vi a una Lena mucho más joven caminando por las playas de Kep, en la costa meridional de Camboya. La cámara se acercó al gorro de baño de Lena y a su vestido color limón. Todd y ella habían ido allí de vacaciones en los años sesenta, cuando Camboya estaba en paz, unos años antes de que empezaran los combates. Ella nunca lo había olvidado, me contó, el calor, los templos de azafrán, el mar. Todd y ella estaban recién casados.

Noche tras noche, me deslizaba escaleras abajo, me apoderaba de los rollos y ponía la película en el proyector. Me sentaba en el sofá y fijaba la mirada, oyendo tan sólo el tic-tac del proyector a medida que giraban las bobinas y la cinta iba pasando, y esos chasquidos se convirtieron en la tristeza sin palabras de un tiempo que se perdió. Veía la línea del horizonte y el agua moteada de luz, las piernas de Lena lisas ante el océano mientras se zambullía una y otra vez. En otra bobina, la ciudad de Phnom Penh se introducía parpadeante y granulosa en la habitación. Todd, que sostenía la cámara, giraba lentamente, llevándonos en un viaje de 360 grados en el cruce que había delante del mercado central. Los coches se deslizaban, los grandes triciclos se bamboleaban a través del campo visual, y las familias, vestidas de colores naranjas, rosas y marrones, se volvían para mirar a la lente. Las imágenes se sucedían una tras otra, ahora en algún lugar que yo reconocía y, al cabo, en otro que no. No había ningún orden, ni cronología, pero aun así resultaba tan real que yo podía oler la ciudad, sentía su energía en mi piel.

Una noche me senté al borde de la cama de Lena y le dije que quería un nuevo nombre, una nueva existencia, y ella se me quedó mirando, con los ojos llenos de lágrimas. Yo admiraba esas lágrimas, Lena no se avergonzaba de ellas, ni la asustaban. Jane. *Janie*. En el mundo de la ayuda internacional, yo era una menor sin familia, una niña separada, pero Lena me contó que no era así.

—A veces —me dijo a través del hueco en el espacio que yo mantenía entre nosotras en la cama—, se nos concede una segunda oportunidad, o una tercera. No tienes que avergonzarte de haber vivido muchas vidas.

Pensé en mi amiga Bopha, en mi hermano, Sopham, en mis padres, quería explicarle a Lena que éramos demasiados, que yo necesitaba proteger al mundo que nos mantenía unidos. Tenía miedo de abandonarlo, de hacerlo trizas, de dejar que se rompiera.

Los jemeres rojos habían ocupado Phnom Penh y luego, sigilosamente, habían ido por todas partes y cortado las líneas que nos conectaban con el mundo exterior. A su propio liderazgo, a su gobierno, lo denominaban Angkar. La palabra significa «el centro» o «la organización». Al principio, nuestra familia había permanecido junta. Pero después, cuando ya no era posible, intenté imaginar una forma de volver atrás. Había que detener el tiempo, retorcerlo, abrirlo en canal.

Angkar se había obsesionado con el registro de las biografías. Cada persona, tanto daba su relación con los jemeres rojos, tenía que dictar la historia de su vida o escribirla. Teníamos que firmar esas biografías con nuestros nombres, y lo hicimos una y otra vez: nombrando a la familia y a los amigos, iluminando el pasado. Mi hermano pequeño y yo teníamos sólo ocho y diez años pero, incluso entonces, comprendíamos que el relato de la propia vida no podía confiarse a nadie, que podía destruirte a ti y a todas las personas que amabas.

No hay aire en el apartamento, pero no quiero abrir las ventanas porque temo que entre el hielo. Me levanto, me echo un abrigo sobre la ropa arrugada y me pongo un sombrero. Afuera, afuera, a la calle. Bajo por las peligrosas escaleras, me deslizo por la acera invisible. Mi hermano está aquí. Sopham y yo recorreremos las calles tranquilas, desfilamos

por delante de las casas silenciosas. Me siento atraída hacia las ventanas, a habitaciones iluminadas por el azul inconstante de sus televisores. Un coche vira con brusquedad muy cerca de mí, el conductor perfora el silencio con su bocina impaciente, pero yo me muevo con la lentitud de los viejos. Cuando siento demasiado calor, me quito el sombrero y lo dejo colgado en el radio de una valla. Mi hermano camina por delante de mí. Es pequeño y delgado y le cuesta soportar el frío. ¿Dónde están sus zapatos? Los busco por todas partes hasta que las manos se me entumecen por el frío. Mañana no me acordaré de dónde he dejado el sombrero, mañana me sentiré confusa, pero ahora me meto en la iglesia de St. Kevin. Las noches más crudas de invierno dejan las puertas delanteras sin cerrar. Mi hermano entra detrás de mí. Hundo las dos manos en el agua bendita y me llevo los dedos a los ojos. Nos sentamos en la última fila y miramos a un hombre, que reza arrodillado y parece estar pensando en los cielos, en los altos ventanales que nadie puede alcanzar, está en algún sitio lejano, lejano y muy por encima de nosotros. El olor del incienso me calma. Hace mucho tiempo leí que la catedral de Phnom Penh había sido dinamitada, en 1975. Incluso habían arrancado los cimientos, como si quisieran impedir que esas ruinas extranjeras llegaran a rivalizar jamás con las nuestras. Los inmensos templos de Angkor Wat, los antiguos reinos de Funan y Chenla, eran los hitos de una historia que se remontaba a dos mil años atrás. Todo lo demás, insistían los jemereros rojos, era meramente pasajero.

Una anciana se vuelve hacia mí. Se me acerca a lo largo del banco y dice:

–Me alegro de que hayas venido. –Su cabello blanco enmarca su rostro como un halo. Dice–: ¿Conoces este maravilloso pasaje? Siempre ha sido mi preferido: «En la casa de mi padre muchas moradas hay».¹

Me doy cuenta de que estoy temblando.

1. Juan, 14:2.

—Has estado bebiendo —dice, compadeciéndose—. Muchos de los tuyos tienen esa enfermedad. Pero ahora estás en casa. Todo irá bien.

Le digo que se equivoca, que aunque estamos rodeados de mar, no hay nada que beber. Pero el agua salada se nos filtra por la piel, hincha nuestros cuerpos, nos vuelve inútiles para la tierra.

—Lo sabe —le digo—, ¿verdad?

La mujer vacila, luego baja la mirada al niño que llevo en mi regazo, que no es más que una bufanda sucia y enmarañada. A cuadros rojos, hecha jirones. La desenredo e intento alisarla contra mis rodillas.

—Intenté salvarlo —le digo a la anciana—, intenté evitar que se ahogara. —Ella alza la mirada hacia el altar elevado, las luces brillantes, el Jesús iluminado en su cruz, luego me mira con comprensión en los ojos. A veces es la piedad, inmerecida, lo que más daño me hace.

Cuando sucedió lo impensable, yo había ido al apartamento de Hiroji. Años atrás, cuando él viajaba con más frecuencia, me había dado una copia de sus llaves para que cuidara de *Taka la Vieja*. Ya llevo casi un mes durmiendo en su sofá, con las cortinas descorridas, como si creyera que él fuera a reentrar a través de las ventanas con el pestillo abierto. Sé que está en Camboya, el lugar donde su hermano, James, fue visto por última vez. Él no habría ido a otro sitio. Me lo imagino deshaciendo su maleta, contándome lo que ha averiguado, todo lo que ha visto: el río Tonlé Sap cambiando el sentido de sus aguas, la jungla que crece por todas partes, los murciélagos en las alturas, entre las sombras de las cuevas. Me explicará cómo aceptar esta vida. Sueño con volver a casa, no sólo al lugar donde nací, sino también a mi hijo. Mi madre, que murió sin mí, que murió hace tanto tiempo, cerrará por fin los ojos. Apartará la mirada de este mundo, se deslizará como una barca que bate contra la tierra, hacia su futuro.

Por la mañana, voy andando a la escuela de Kiri. De lunes a viernes, veo a mi hijo una vez cada día, nos encontramos en el patio antes de que empiecen las clases. Ésta es la rutina que hemos pergeñado Navin y yo. Es una medida provisional, hemos dicho los dos. Una forma de avanzar.

Cuando llego, Navin ya está allí, apoyado en la valla. Me pongo a su lado. Me acaricia la mejilla. Por un instante, siento la calidez de sus labios en los míos.

–Esta noche no has dormido –dice.

Le digo que sí, un poco, lo suficiente. Tengo las manos heladas y Navin me las coge. Dice que parezco agotada, que debería tomarme unas vacaciones.

–No pasa nada –le digo. El trabajo me da una sensación de orden, me anima. Él me besa los dedos gélidos, y la amabilidad que yo siempre he amado en él, y que él ofrece tan generosamente, me inunda. Pero también Navin está exhausto–. Todo irá bien –repito.

En el patio hay tantos monos de nieve de tantos colores primarios que se me nubla la visión un instante. Me quedo junto a la valla y busco a Kiri en el caleidoscopio. Ahí está. Ahora lo veo, lo veo. Mi hijo corre por los jardines, un cachorro en una manada de cachorros torpes, persiguiendo un balón de fútbol. Cuando su equipo marca, grita de alegría. El cielo rosáceo arde a nuestro alrededor. Kiri corre tras el balón, se engancha con otros niños, pelea, se le cae el sombrero, lo recoge, lo agita como una bandera.

–¿Oíste mi mensaje? –pregunta Navin–, ¿el de Vancouver?

Asiento.

–¿Cuándo os iréis?

–La semana que viene, si puedo organizarlo todo –dice que está terminando un proyecto, un diseño nuevo de un edificio, pero sus colegas podrán supervisarlos. Cree que la distancia le hará bien a Kiri. Dice que Kiri no para de preguntar cuándo volveré a casa.

–Hablaré con él –digo. Estamos rodeados por padres e

hijos, por la alegría susurrante del patio de recreo. Navin empieza a decir algo, pero en ese momento Kiri nos ve. Corre hacia nosotros. Una niña le detiene.

–¡Kiri! ¡Kiri! –grita ella.

–Soy una oruga –dice él.

Ella frunce el ceño.

–¡No!, no lo eres.

–Soy un gusano –dice travieso, y la niña agita ambos brazos en una especie de danza hawaiana.

Kiri se me acerca. Me arrodillo y él me cuenta, con palabras torrenciales, que va a ver a su tía Dina más tarde, que han pensado en construir un parque de cohetes, que ella le preparará *murtabak* y *roti canai*,¹ que su perro, *Bruno*, está ya viejo y se mueve muy despacio. Kiri se ha acostumbrado a hablar rápido, como si le asustara quedarse sin tiempo. Como si fuera a llegar tarde.

–¿Construiréis una luna? –le pregunto arrodillada en la nieve. Me afano ajustándole el sombrero, que se le ha caído entre la nuca y el cuello del abrigo.

–¡Oh! –dice, sorprendido–. Buena idea.

–¿Y qué te parecen una botas lunares? –dice Navin–, ¿y pasteles de la luna?

Kiri frunce el ceño.

–Luz de luna –digo.

Mi hijo se saca las manos de los guantes y empieza a abrocharme el abrigo de abajo arriba, hasta el final.

–No cojas frío, mamá –dice. Le prometo que no lo cogeré. Sus guantes, colgados de su abrigo, oscilan adelante y atrás como un par de manos de más.

Me despido de los dos besándolos. Cruzan el patio de la escuela, suben las escaleras delanteras del edificio. Navin se da la vuelta, me mira; amor y compasión en sus ojos. Si-

1. Platos típicos del sudeste asiático. El primero es una masa rellena de carne picada de cordero con ajo, huevo cocido y cebolla, acompañado de pepino y salsa curry. El segundo es un pan plano circular.

guen, el sombrero de Kiri sube y baja. Y así, mi hijo queda envuelto en el resplandor de la escuela. La nieve se apresura para echar su fina sábana blanca sobre los balancines, los columpios, las construcciones metálicas. A través de los ventanales, veo el movimiento de colores de los niños dando vueltas alrededor unos de otros. Incluso desde el borde del patio, puedo oír sus voces.

Título de la edición original: *Dogs at the Perimeter*
Traducción del inglés: Vicente Campos
Diseño de la colección: Winfried Bährle

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2012

© Madeleine Thien, 2011
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Vicente Campos, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2012

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 16860-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-10-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5180-7
N.º 34090

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)